
Las Cuatro Esquinas

Vicente Riva Palacio

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 5430

Título: Las Cuatro Esquinas

Autor: Vicente Riva Palacio

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 29 de octubre de 2020

Fecha de modificación: 29 de octubre de 2020

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Las Cuatro Esquinas

Los hombres más juiciosos no son más que locos mansos. Oigan ustedes esta historia. Tengo desde hace muchos años íntima amistad con el conde del Sarmiento; un hombre inteligente, instruido, caballeroso y del que puede decirse que si no es un genio, es por lo menos un escritor distinguido.

Una mañana entró en mi alcoba cuando acababa yo de despertar.

—Perdóname —dijo— que tan temprano venga a molestarte. Quiero que seas mi padrino.

—¿Pero vas a batirte?

—Sí; he tenido anoche algunas palabras con un caballero que se llama Román Santiurce.

—Le conozco bien. ¿Y qué palabras han sido ésas?

—Bueno..., cualquier cosa; pero yo necesito batirme con él.

—No, poco a poco; explícame primero, y después resolveré si te ayudo o no.

—Pues óyeme, y fíjate para que veas que me sobra razón. Tú sabes que tengo relaciones con Clotilde y estoy apasionado de ella hasta la locura. Clotilde tiene en el Real una butaca en el turno primero y como debes suponer, me encanta estarla mirando durante la representación. ¡Pues ahí va lo grande! Yo veo a Clotilde desde mi platea; pero en la butaca que está delante de ella se sienta ese hombre, y como le hace el amor a Lucía, ya la conoces, que está al lado de él, inclina la cabeza y me oculta siempre a Clotilde, me la

eclipsa; dirijo para ella mis gemelos, y en vez de encontrarme el rostro de Clotilde, siempre es la horrible cara de ese hombre la que estoy mirando, y esa contrariedad cada turno primero, me ha hecho crear un fondo de odio contra él, que le mataría con mucho gusto por no volver a ver esa cara. Por su parte, él debe estar enamorado de Lucía, y se supone que yo miro para donde ellos están por hacerle el amor a ella, y me detesta; sí, me detesta; se lo conozco.

Anoche me dirigió los gemelos con insistencia, lo cual, como comprendes, es una verdadera provocación. Salimos, cambiamos algunas palabras, y cambiamos también nuestras tarjetas. Conque ya sabes la historia.

Procuré convencerle de que no tenía razón, pero fue imposible; estaba empeñado en batirse con Román. El eclipse de Clotilde en el Real le tenía fuera de tino.

Acepté la comisión reflexionando que era el mejor camino para evitar un lance. Busqué un amigo de confianza, hablamos con Román y con sus padrinos, y no hubo desafío, sino las explicaciones que eran naturales.

Pasaron siete meses; almorzaba yo con el conde y me dijo:

—¿Sabes que he tronado con Clotilde?

—¡Hombre, no!, ¿y por qué ha sido?, ¿no estabas tan apasionado de ella?

—Es verdad; pero mira. Ya conoces la íntima amistad que tengo con Román; después de aquella locura del duelo, que tú cortaste con tanta prudencia, y desde que él supo que yo a quien buscaba con los gemelos era a Clotilde y no a Lucía, comenzaron a intimarse nuestras relaciones, y ahora somos como dos hermanos.

Clotilde, por caprichos de mujeres, le tiene mala voluntad; siempre me habla mal de él, poniéndole en ridículo, sobre todo desde que supo que había reñido con Lucía.

—¿También eso acabó?

—Hace un mes.

—Pues bien; ayer Clotilde hizo no sé qué desaire a Román, y yo la reconvine; ella se encampanó, y de una en otra palabra llegamos al rompimiento, y te aseguro que es definitivo.

—La verdad, dime la verdad. ¿Es que ya estabas cansado de ella?

—No mucho, pero pudiera ser; lo que sí te aseguro es que no habrá reconciliación.

Dos meses después me decía el conde:

—¿Pero te cabe en el juicio que Román esté en relaciones con Clotilde?

—¿Están en relaciones?

—Sí, y él está enamoradoísimo.

—¿Te has disgustado con él?

—¿Por qué? A mí nada me importa.

Un mes después, yo era el que le decía al conde:

—Óyeme. A mí es a quien no le cabe en el juicio que estés tan apasionado de Lucía y tengas relaciones con ella.

—¡Chico! Tú no sabes. Es una mujer adorable, encantadora; no la mereció Román.

—¿Y él qué dice?

—Nada, ¿pues qué le importa?

Estábamos en el Real; entré en la platea del conde, y, largándome unos gemelos, me dijo:

—Mira, lo mismo que la temporada anterior. Busca a Román por allí.

Dirigí los gemelos en la dirección que me indicaba, y, en efecto, el cuadro era el mismo. No más que los personajes habían cambiado de sitio. Clotilde estaba al lado de Román, y Lucía en la butaca detrás de él, sufriendo algunas veces el eclipse cuando Román se inclinaba para hablar con Clotilde.

Coloqué los gemelos sobre un sillón, y dije al conde:

—¿Quieres que vaya yo en tu nombre a desafiar a Román?

Por toda respuesta él se echó a reír, y después dirigió los gemelos a Lucía, que miraba obstinadamente con los suyos.

Vicente Riva Palacio



Vicente Florencio Carlos Riva Palacio Guerrero (Ciudad de México; 16 de octubre de 1832 - Madrid, España; 22 de noviembre de 1896) fue un político, militar, jurista y escritor mexicano.

Periodista exitoso con una señalada y personal actitud crítica y satírica; misma que quedara marcada en periódicos como La Orquesta y El Ahuizote; Riva Palacio participa como un

activo literato mexicano en los tiempos de entre guerras.

El género que más le sonrío siempre en popularidad es la novela. Realiza la mayoría de su obra novelesca entre 1868 y 1870. Tuvo a su disposición la mayoría de los archivos de la Santa Inquisición, lo que le brinda una grandísima cantidad de información que plasma en sus novelas de tema colonial. Sólo una de sus novelas (Calvario y Tabor) es de toque militar.

Junto con Juan A. Mateos coescribe zarzuelas y sketches teatrales satirizando la política mexicana. En 1870, junto con Juan A. Mateos, Rafael Martínez de la Torre y Manuel Payno publica El libro rojo, un breviario de la violencia dentro de la historia nacional mexicana. Junto con Juan de Dios Peza narra leyendas en verso en Tradiciones y leyendas mexicanas (1917) y crean a la imaginaria poetisa romántica Rosa Espino para publicar Flores del alma (1888), junto con el editor Santiago Ballezá, la obra México a través de los siglos, trabajo enciclopédico; encargándose él mismo de escribir el segundo tomo, dedicado a la Colonia. En su obra Los Ceros critica y polemiza a la clase política mexicana, lo que lo identifica como un personaje virulento para el régimen porfirista. Cuentos del General (que apareciera póstumamente en Madrid en el año de su muerte), es una colección de veintiséis relatos que presentan características comunes: brevedad en el título, la acción y la descripción de los personajes. Por su obra literaria, fue designado miembro correspondiente de la Real Academia Española.